

Para Germán, en quien habla la luz.

**Pasaje literario: Marina (práctica 3)**

K. A. 19-1-1964

Se me ocurrió que aquel reloj debía de valer un dineral y los remordimientos no tardaron en visitarme. Aquellas palabras grabadas me hacían sentir igual que un ladrón de recuerdos.

Un jueves teñido de lluvia decidí compartir mi secreto. Mi mejor amigo en el internado era un chaval de ojos penetrantes y temperamento nervioso que insistía en responder a las siglas JF, pese a que tenían poco o nada que ver con su nombre real. JF tenía alma de poeta libertario y un ingenio tan afilado que a menudo acababa por cortarse la lengua con él. Era de constitución débil y bastaba con mencionar la palabra microbio en un radio de un kilómetro a la redonda para que él creyese que había pillado una infección. Una vez busqué en un diccionario el término hipocondríaco y le saqué una copia.

—No sé si lo sabías, pero tu biografía viene en el Diccionario de la Real Academia —le anuncié.

Eché un vistazo a la fotocopia y me lanzó una mirada de alcayata.

—Prueba a buscar en la «i» de idiota y verás que no soy el único famoso —replicó JF.

Aquel día, a la hora del patio del mediodía, JF y yo nos deslizamos en el tenebroso salón de actos. Nuestros pasos en el pasillo central despertaban el eco de cien sombras caminando de puntillas. Dos haces de luz acerada caían sobre el escenario polvoriento. Nos sentamos en aquel claro de luz, frente a las filas de asientos vacíos que se fundían en la penumbra. El susurro de la lluvia arañaba las cristaleras del primer piso.

—Bueno —espetó JF—, ¿a qué viene tanto misterio?

Sin mediar palabra saqué el reloj y se lo tendí. JF enarcó las cejas y evaluó el objeto. Lo valoró con detenimiento durante unos instantes antes de devolvérmelo con una mirada intrigada.

—¿Qué te parece? —inquirí.

—Me parece un reloj —replicó JF—. ¿Quién es el tal Germán?

—No tengo ni la más mínima idea.

Procedí a relatarle con detalle mi aventura de días atrás en aquel caserón desvencijado. JF escuchó atentamente el recuento de los hechos con la paciencia y atención cuasi científica que le caracterizaban. Al término de mi narración, pareció sopesar el asunto antes de expresar sus primeras impresiones.

—O sea, que lo has robado —concluyó.

—Ésa no es la cuestión —objeté.